

damental de la vida cristiana, expuesto de manera cercana y atractiva, por uno de los mejores especialistas del momento.—G. URÍBARRI, SJ.

LUIZ CARLOS SUSIN (ed.), *El mar se abrió. Treinta años de teología en América Latina*, Sal Terrae, Santander, 2001, 264 pp., ISBN 84-293-1389-3.

Hacer un balance sobre la significación e influencia que la Teología de la Liberación ha ejercido en la Iglesia desde su nacimiento hasta el día de hoy ha sido el objetivo fundamental de este libro. No son pocas las voces que detectan una progresiva decadencia de esta corriente de pensamiento motivada en parte por una aparente falta de relevo generacional. Ciertamente los inevitables cambios sociopolíticos que envuelven la realidad de cada país latinoamericano hacían necesaria una revisión sobre la validez de los principios y de los temas esenciales que eran defendidos por una teología profundamente ligada a la situación histórica concreta que le ha tocado vivir.

El modo elegido para realizar una visión de conjunto sobre las aportaciones más importantes de dicha teología, así como de los nuevos retos a los que hacer frente, ha consistido en recoger las opiniones de diferentes autores ligados a esta corriente. Esto suponía echar mano no sólo de teólogos de América Latina sino también de aquellos que, aún viviendo y perteneciendo a otros continentes, hubiesen tenido algún contacto con la Teología de la Liberación.

No estamos, por tanto, ante un tratado sistemático y unitario sino ante una valoración conjunta de los logros y las vivencias que han estado detrás de las afirmaciones realizadas por dicha teología en estos treinta años. De hecho la «contraseña» exigida a cada teólogo para el modo de hacer el balance era que el texto escrito fuera de marcado acento autobiográfico. De este modo encontramos un trozo de la memoria y la vida de Antônio Aparecido da Silva (Brasil), Boaventura Kloppenburg (Brasil), Carlos Palacio (Brasil), Casiano Floristán (España), Christian Duquoc (Francia), Clodovis Boff (Brasil), Diego Irarrazával (Perú), Eleazar López Hernández (México), Hugo Assman (Brasil), Ignacio Madera Vargas (Colombia), Joao Batista Libanio (Brasil), Johann-Baptist Metz (Alemania), Jon Sobrino (El Salvador), Jorge Pixley (Nicaragua), José Comblin (Brasil), José Ignacio González Faus (España), Juan Carlos Scannone (Argentina), Juan José Tamayo Acosta (España), Jurgén Moltmann (Alemania), Leonardo Boff (Brasil), Pablo Richard (Costa Rica), Paul Valadier (Francia), Roberto Oliveros Maqueo (México) y Sergio Silva Gatica (Chile).

Tal variedad de autores y vivencias personales consigue el objetivo de comunicar cómo nació un pensamiento interpelado por la urgencia de dar una respuesta desde la fe a una situación de extrema injusticia social y política: pueblos enteros perseguidos, explotados y empobrecidos por una minoría rica y con poder. Pero, al mismo tiempo, pone en evidencia la dificultad de aunar, bajo un mismo denominador común, experiencias nacidas en contextos muy diferentes según los países y según el recorrido vital de cada autor.

Se detectan, sin embargo, algunas líneas de pensamiento presentes en la mayoría de ellos. En este sentido llama la atención la convicción profunda de haber gene-

rado una teología, continuadora del espíritu del Vaticano II, con unas señas de identidad propias y totalmente vinculada a la realidad de América Latina. Va cobrando fuerza la idea de que ya no se va a poder hablar de «la Teología» sino de «teologías» puesto que la reflexión debe surgir «desde abajo», desde la realidad concreta. Pero no es válida cualquier parcela de la realidad sino que la óptica desde la que hay que mirar debe de ser la del pobre. La búsqueda de la justicia tiene que seguir siendo prioritaria para todos aquellos que quieran continuar la labor de Jesús. Al mismo tiempo es importante destacar la apertura y sensibilidad que se aprecia hacia nuevas formas de pobreza (no exclusivamente material) de las que no sólo se hacen eco sino que pretenden potenciar porque las consideran nacidas bajo el influjo de su modo de hacer teología de marcado acento práctico: la teología feminista, la teología afroamericana, la teología negra...

Por último conviene destacar el esfuerzo por incluir también cierta autocrítica en este balance general en el que se echa de menos una mayor profundización en algunos de los puntos más conflictivos. Ciertamente no era ese el objetivo de la obra, pero sea bienvenida como punto de partida para siguientes reflexiones que, sean o no compartidas, dan señales de que la teología, en todos los continentes, sigue viva.—M.^a DOLORES L. GUZMÁN.

RENÉ LUNEAU, *Jesús, el hombre que «evangelizó» a Dios*, Sal Terrae, Santander, 2000, 203 pp., ISBN 84-293-1371-0.

René Luneau, religioso dominico y gran conocedor de las culturas e iglesias africanas en las que ha pasado gran parte de su vida, nos presenta en esta obra una cristología en clave narrativa. Con un lenguaje asequible y lleno de referencias cercanas al lector, ofrece un recorrido por los episodios más significativos de la vida de Jesús de Nazaret poniendo en evidencia la actualidad de su mensaje para el mundo de hoy.

El sugerente título, tomado de una afirmación de Jean Cardonnel, aporta la idea fundamental que el autor quiere transmitir: la centralidad y necesidad de Cristo para adentrarse en el Misterio de Dios. Sólo a través del conocimiento de la humanidad de Jesucristo se tendrá acceso al auténtico rostro de Dios. Esto hace que resulte imprescindible conocer y pararse a analizar todos los detalles de la vida de Jesús que nos han llegado especialmente a través de los evangelios.

No se trata, por tanto, de una cristología «al uso» sino de una llamada de atención sobre los aspectos más sencillos que resultan particularmente reveladores a la hora de dibujar el rostro de Jesús. La obra consta de dos partes: la primera, con el título *Un hombre en su tierra*, intenta hacer una descripción del hombre Jesús a través del entorno (paisaje, profesión, lenguaje...), del modo de vida cotidiano en la Galilea del siglo primero y de los rasgos más acusados de la personalidad del Señor apoyándose en los datos que aportan los cuatro evangelios. La segunda, «*Venido a traer fuego*», *disonancias y rupturas*, hace más hincapié en la singularidad de un hombre que tuvo entre sus manos la misión de desvelar el rostro amoroso del Padre. La cercanía radical fuertemente subrayada al comienzo del libro, va dejando paso a la irre-